

2º expediente

8 P. Merip

9 J. Xivan

10 D. Tapia.

Desde hace muchos años tengo siempre a mano los versos de don Antonio Machado. Algunos poemas los sé de memoria, aunque la mía no es buena, ni hice nunca intención de aprendérmelos. Durante un tiempo, a mi salida de España, me faltó su compañía y hasta que la logré anduve como desasosegado. Puedo pasar y paso, semanas y meses sin leerlos, pero me gusta, teniéndolos cerca, saber que si me acomete la sed hallaré su fuente serena y segura.

Yo tuve en mi adolescencia una pequeña fuente lírica propia. Mi vaso era chico y agoté pronto su contenido. La fuentecilla se <sup>secó</sup> ~~agotó~~ y otros manantiales menos puros brotaron en su lugar. Pero de vez en cuando el paladar de mi alma se reseca y abrasa de una sed específica, sed de agua poética. Entonces acudo a don Antonio y bebo en su manantial, a la buena manera, haciendo cuenco con mis manos y, mejor, con una sola, que actúa a modo de paleta cóncava, pero no lleva el agua a la boca sino que la dispara hacia arriba sin tocarla apenas, y la boca la recoge en el aire. Así me enseñaron a beber los campesinos de mi tierra con gesto que une la máxima pulcritud posible en las circunstancias, y la delicia de cazar los sorbos al aire, como si fueran pájaros frescos o copos de nieve o, sencillamente, lo que son, agua con alas, que se rompe contra las encías y entra hasta la garganta a borbotones. Los versos de don Antonio, bebidos así, apaciguan mi sed y desalteran mi alma. Cierro el libro, como ~~tesa~~ <sup>lo</sup> ~~seta~~ <sup>seta</sup> que también mis maestros campesinos colocan oblicuamente sobre ~~los~~ manantiales para resguardarlos de impurezas, y sigo mi camino seguro de que tantas veces como lo busque lo encontraré propicio.

El camino es polvoriento, la cuesta empinada y el sol de fuego, pero mis resortes interiores están, ahora, jugosos, elásticos y ando sin fatiga, ni pesadumbre.

Algunas vez me salieron al paso unas imágenes intrusas. Si no recuerdo mal sus nombres, decían llamarse, Retórica, Poética, Gramáti-

*Critica*  
 ca, ~~inmóvil~~ y otros de la misma calaña esdrújula y horrisona. Querían venir a cuentas conmigo y pedirme explicaciones acerca de mi salud moral recobrada, si la había o no conseguido con arreglo a ~~la~~ ley y si estaba seguro de mi alegría y de mi ligereza. Me acordé de los médicos molierescos y apreté a correr repecho arriba. Las intrusas eran viejas, padecían asma y no pudieron seguirme. Desde lo alto les envié mi risa sobre los lomos del limpio viento serrano.

Conozco personas que adolecen de una extraña manía. Probablemente a algunas de estas personas alude don Antonio cuando dice:

que miran, callan y piensan  
 que saben porque no beben  
 el vino de las tabernas.

Pues bien, éstas personas tienen en su casa un laboratorio; probetas, balanzas de precisión, crisoles, alambiques, agua regia, retortas acaso, y en la pared, con números bien grandes, una tabla de valores poéticos establecida desde que el mundo es mundo. Estas personas son aficionadas a leer versos. Sin querer, por el automatismo de la pluma, acabo de definir las con bastante exactitud: aficionadas a leer versos como quien tiene el gusto de tomar una copita de benedictino después del café, sin sed, sin verdadera sed angustiosa del alma y por lo tanto sin amor. (¿Existe amor -afán de posesión, de conjunción y de suma- más violento que el de la sed por el agua y el del agua por la sed?). Para estas personas la poesía es un lujo del espíritu, no una necesidad implacable y ardiente. El lujo es, primordialmente, selección, rareza y seguridad de que la marca de la botella es auténtica y el precinto no lo ha tocado nadie. El laboratorio, por eso lo tienen, les da, previas las manipulaciones pertinentes, la garantía requerida. Toman el poema que han de leer, lo pesan, primero, íntegro, y, luego, verso a verso; después lo escandén al compás del metrónomo; más tarde lo miden. (Si estas operaciones con-

sultada la <sup>tabla</sup> ~~noticia~~, ofrecen resultado positivo continúan el examen; si cualquiera de ellas acusa una falla, el poema cae de sus manos a un caldero de desperdicios). Luego con unas pinzas arrancan las rimas de sus alvéolos y las someten al agua regia; después el poema va a parar a un crisol y ¡quién sabe todavía lo que le espera; Doy por supuesto que hemos seguido todos sus azares y que sale victorioso de la durísima prueba. Entonces, llegado el final y ya con la seguridad absoluta de que no será engañado, el dueño del laboratorio, se sienta en una butaca y lee, saborea, el poema. A una de estas personas le dieron a leer delante de mí varios sonetos. Estábamos en un café y como no podía ir a casa tuvo que someterlos a experimentos vulgares: hacerlos brincar, golpeándolos, sobre la mesa de mármol, frotarlos contra la manga de la chaqueta, y, por último, hincarles el diente.

- Este es bueno; este es malo; este tiene hoja -fué dictaminando con la misma sencillez tranquila que si las piezas examinadas fueran monedas de plata y él cambista de oficio.

Yo quedé maravillado porque, al parecer, sus dictámenes eran justos, pero no sentí ninguna envidia de esta virtud zahorí. Prefiero el "ojo de buen cubero" que a mi me guía y permite ser tremendamente apasionado en gustos y repugnancias. Si tengo algún espíritu crítico lo guardo para otros menesteres. En arte, y sobre todo en poesía, me gusta cerrar los ojos, entornar las ventanas de mi inteligencia y escuchar las resonancias que la obra despierta en las profundidades radicales de mi ser. Por ellas mido el valor que para mi tiene. Cuando es muy grande el placer que produce acaba convirtiéndose en necesidad casi, casi viciosa. Sin duda existe un género de alcoholismo poético, con matices varios en su seno. Está el dipsómano tosco, burdo, sin predilecciones, indiferenciado, que busca, simplemente, alcohol, sea cualquiera la forma que adopte, y están el borracho de whisky, el de coñac, el de vino, el de tequila, ebrios específicos,

diríamos. Yo soy uno de estos. Mi ebriedad poética tiene en los versos de Machado su principal bodega, aunque visite, a menudo y gustosamente, otras también dilectas, porque no se excluyen sino que se complementan, como los colores del iris.

Quiero decir, con estas imágenes de un realismo algo bárbaro, que la perfección formal de un poeta no me interesa, ni me atrae y apenas sé en qué consiste. El adjetivo impecable, aplicado a un poeta -"es un poeta impecable"- basta para que me acerque a él con <sup>cierto</sup> cierto repeluzno. Y para que difícilmente podamos entendernos. Y con los poetas hay que entenderse, o, por lo menos a mi, no ~~me~~ <sup>me</sup> sirven para nada. Llamo entenderse a una comunicación de hombre a hombre; a una sintonización de ritmos y pulsos; a una concordancia de temperaturas sentimentales - y no excluyo las intelectuales; a que el poeta diga la palabra que yo espero y mi respuesta sea la <sup>ansiedad</sup> ~~necesidad~~ que él pretende colmar, acaso colmando la suya, porque la poesía lírica es ante todo diálogo, en el cual uno de los interlocutores pone palabras y el otro -innumerable- pone silencios, abiertos de antemano para que aquellas palabras, y no otras, los llenen al modo que esperan la <sup>lluvia</sup> ~~lluvia~~ las balsas de las tierras sin río. Y no quiere decir nada en contra de esta teoría, antes bien la refuerza, el hecho de que, las más veces, la poesía es diálogo del poeta consigo mismo y necesidad de llenar con palabras los huecos abiertos en su propio corazón. Cuando un poeta dialoga con las ansiedades de su corazón - el <sup>monólogo</sup> ~~monólogo~~ de Hamlet ¿no es en realidad, un diálogo?- se pone al habla con el corazón de todos los hombres porque no existen ansiedades de uso particular salvo las mezquinas que no caben en el ámbito poético.

Todas las teorías tienden a convertirse en normas absolutas. La mía también. Dejándola que cumpla su destino me conduce a esta clasificación: poetas con los que yo puedo entenderme; poetas con los

que no me entiendo; poetas amigos entrañables míos y poetas de visita, <sup>o de quienes se dice)</sup> como de algunas personas vecinas ~~o de quien se dice~~ de la misma ciudad durante años: "¡Ah, si lo conozco de vista. Creo que es un técnico muy bueno, excelente en su especialidad y hombre honesto, pero no lo trato. Me lo presentaron una vez y cuando no podemos evitarlo nos saludamos cortésmente. Supongo que a él le pasa lo mismo que a mí". A estos los definiría también, poetas de conferencia o sea de monólogo ante un auditorio que entró a oírle por curiosidad o por compromiso o porque ¿dónde vamos a ir a estas horas, con el agua que cae?, y a cuyo final se escuchan comentarios de este porte: "Pues yo creí que iba a ser más aburrido". "No, se ve que es un hombre que sabe mucho". "¿Qué tarde se nos ha hecho!".

La clasificación que acabo de hacer ignora, deliberadamente, la calidad estética de unos y otros. Pero aunque no sé si los poetas con quienes no me entiendo son malos, sé que mis poetas amigos pertenecen al linaje de los mejores. Se llaman Juan Ruiz, <sup>Jorge</sup> Manrique, Fray Luis, Lope, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Becquer, Rubén, Juana-Ramón, Machado y Federico, el más reciente. Nuestras relaciones son muy sencillas. A veces son ellos quienes me buscan. Oigo su llamada como el silbido de un pecho que respira penosamente y es que se ahogan de soledad en las cajas apretadas de sus libros. Otras veces los busco yo y, en nuestros encuentros, el clérigo, el caballero, el fraile, la santa, el profesor de Instituto, pegan su boca a los oídos de mi corazón, me cuentan sus angustias y yo les contesto con las alteradas música de mis sístoles y mis diástoles.

Porque yo no busco -ya es hora de decirlo- a los poetas sino a unos seres humanos - de ahí mi enumeración, el clérigo, el caballero, el fraile, etc.- que se expresan poéticamente. El apotegma cartesiano podría tomar esta variante: "soy poeta, luego soy hombre". Si la poesía no es vehículo de intercomunicación humana ¿qué es?.

Y por eso el primero de mis poetas amigos, el que está más cerca de mí un poco, quizás, porque lo está en el tiempo, mucho, sin duda, por <sup>otras</sup> coincidencias ~~inmensas~~ es don Antonio Machado.

El rasgo común a todos ellos es que, sin más datos que el olor, el color, el sabor, la temperatura, la vibración de sus versos, puedo ver vivo al hombre de carne y hueso - o la, aunque santa, o por santa, mujer - que los ha escrito y la hora del día y su estado de ánimo. En don Antonio Machado este rasgo se acentúa más. Sus versos son una larga, patética, humilde, sencilla autobiografía. No puedo pensar en el poeta sin imaginar al hombre, a quien, por otra parte apenas traté en vida: un par de conversaciones, la más enjundiosa en Barcelona, durante la guerra, algunas cartas formularias, una, en que me hacía una recomendación, adorable por su modestia ingenua, y poco más.

Acudo, pues, para romper a hablar de don Antonio a un truco literario que, en cierto modo, me fastidia, pero no me queda otro remedio.

#### LA MUSA

Soria fría. Noche. Silencio. Soledad. La campana de la Audiencia da la una. Don Antonio abandona la camilla de holgadas faldas y se acerca al balcón con lentos pasos táticos. Calzan sus pies zapatillas de paño un tiempo negro, o acaso azul oscuro--azul marino le dicen en estas tierras que no vieron nunca el mar y tienen de sus colores una idea surrealista- cuya diferencia del negro únicamente se advierte poniéndolo al trasluz entre los ojos y el sol. Ahora las zapatillas son rojizas, como los párpados de don Antonio. A ellas ~~las~~ chamuscó el brasero; a los párpados de don Antonio las llamas de su corazón.

La estancia es chiquita y pobre. Pobre no es adjetivo adecuado; diríamos mejor, raída. Sus paredes están empapeladas con papel rosa

7/  
rameado. La humedad y el tiempo ~~trabajaron~~ trabajaron sobre él conjuntamente y, a trechos, aparecen manchas oscuras que refuerzan el dibujo y, a trechos, manchas blanquecinas que lo borran. De las paredes cuelgan algunos grabados con marcos sencillos. La estancia está saturada de libros. No caben más. Los que sobraron de la estantería de pino despintado, y de las sillas y del diván han ido a parar al suelo. Del techo pende una lámpara que deja <sup>ver</sup> a través de su cristal empolvado, el arabesco del hilo incandescente. Alumbra poco, como el sol cuando se le puede mirar. Los libros colman también la mesa camilla, pero abren una pequeña plaza ocupada por unas cuartillas en desorden, las gafas, el tintero y la pluma.

Don Antonio llega al balcón, separa las maderas y una vaharada de frío le estremece. La noche -piensa- tiene el aliento helado. Se ciñe más al cuello la bufanda, descorre uno de los visillos y tiende la mirada sobre la ciudad. Es una noche clarísima de luna llena. Apenas se ven estrellas en el alto cielo de un azul pálido, suave, desvanecido en las cercanías de la diosa nocturna y más intenso donde su luz no alcanza. Nadie vivo en la ciudad. Ni un gesto, ni un ruido, ni una ventana iluminada, ni una columna de humo. La ciudad es una princesa muerta encerrada en un ataúd de cristal.

Soria, ciudad castellana

¡tan bella! bajo la luna!

Don Antonio piensa, ahora, en los álamos del Duero, en el camino de San Polo a San Saturio y en las cuatro paredes blancas y en los cipreses negros que, más allá, guardan, bajo tierra, el eco de su corazón.

Eran ayer más dolores

como gusanos de seda

que iban labrando capullos;

hoy son mariposas negras.

Don Antonio aplica su frente contra el cristal del balcón empavonado por el frío, tiritita a su contacto y se aparta. Cierra otra vez y vuelve a la camilla. La badilla agrieta y aviva el brasero y el calor del diminuto volcán doméstico llega en dulces oleadas que suben desde los pies, capilarmente, hasta el rostro. Se arrellana, enclavija aún más las piernas en las honduras tibias de las faldas y, por un momento, toca la cima de la voluptuosidad. Ha recordado que mañana no tiene clase. Don Antonio es profesor de francés en el Instituto y la pedagogía festeja mañana el santo del rey. <sup>Los</sup> En extraños caminos de la fortuna le hacen sonreír. La noche, pues, no tiene mañana que la oprima. Súbitamente queda esponjosa y blanda. La soledad hincha sus poros hasta que uno de ellos alcanza tamaño suficiente para que quepan en él, la estancia, don Antonio, la camilla, los libros, los grabados y las paredes rameadas.

¡Señor ya estamos solos mi corazón y el mar;

Don Antonio escribe. Pasa el tiempo. El rescoldo se enfría. Don Antonio abandona la pluma y medita. Poeta, poesía... Al azar toma un libro y lo abre al azar. Se ajusta las gafas y lee:

"La poesía es una bellísima doncella, casta, honesta, discreta, aguda, retirada y que se contiene en los límites de la discrección más alta. Es amiga de la soledad. (Don Antonio hace una pausa y su mirada, por encima de las gafas, recorre las cuatro paredes de su minúscula habitación; luego sigue;) las fuentes la entretienen; los prados la consue-  
lan; los árboles la desenojan; las flores la alegran y, finalmente, deleita y enseña a cuantos con ella comunican".

Los finos labios de don Antonio se aprietan para dibujar una sonrisa tenue.

Abandona el libro y murmura:

-¡El bueno de Miguel, qué cosas dice;

Don Antonio, amarga<sup>ya</sup> la boca, clava los ojos en su corazón, manadero y cobijo de su poesía, y por su lente desanda el camino de su ~~vida~~ vida. Desde sus años infantiles la Poesía fué su compañera, la conoce bien y ahora mismo la vé. Establece el ~~coste~~ costeo con la descripción cervantina y vuelve a sonreír melancólicamente. La suya, su Poesía, no es doncella, ni engalanada, ni hermosa, ni amiga de la soledad. Es una mujer de edad incierta, sencilla en el vestir, de rostro trabajado por soles y vientos, andariega y gustosa del trato de los hombres. Casqui-vana no, pero no le asusta el requiebro violento, ni una copa de vino ofrecida en el alto de un mesón, ni las palabras populares que sirven para llamar pan al pan y al vino, vino. Como es natural, en ella, nada ni nadie empaña su señorío; las más de las veces le basta un ligero ademán para revelarlo, otras ~~see~~ se envuelve en su manto y todo calla a su alrededor. Sabe, y le gusta, reír y llorar, pero guarda la llave secreta de su corazón, ciertos atardeceres -oros y violetas - en tierras altas, anchas y desnudas de Castilla. Es, a ratos, sentenciosa y, a ratos, pueril, pero su alma es grave -arrastra el peso de muchas herencias nobles- y su gravedad transparente siempre hasta en los juegos.

~~Nada~~ ella ha dicho o dirá algún día

Poned atención:

un corazón solitario

no es un corazón.

Nada amiga de la soledad, pasa la mayor parte de su tiempo a solas. Soledad impuesta, -de mesón a mesón, el camino es largo y pocos los viajeros que merezcan su compañía- o buscada. Si la imagen fuera un poco más congruente, don Antonio diría, que su Poesía busca la soledad como el tigre se repliega sobre si mismo para luego lanzar<sup>se</sup> con más fuerza sobre la presa avizorada. No es huida sino pasión de acendramiento para acercarse más, limpia y escueta, sin gangas amortiguadoras, excrecencias que las almas supuran por los contactos continuados, y enemigos de las simples verdades cordiales.

El pequeño volcán doméstico se ha consumido. La badila no descubre en el cono de cenizas más que alguna que otra estrellita roja, polvo de brasa. El corazón caliente de la estancia ha muerto. La imagen es justa porque las paredes, el suelo y el aire se van enfriando poco a poco, a la manera definitiva e irremediable, con frío que nace de dentro, como se enfriaría un cadáver.

Don Antonio se pone en pie. Vacila unos momentos aún. Es tarde y el frío se hará dentro de poco insoportable. -"buena helada va a caer esta noche"-, pero el camino hasta la alcoba, y la alcoba misma y el lecho son aventuras terriblemente dolorosas.

Don Antonio hunde la cabeza entre los hombros, apaga la luz, -durante un buen rato el hilillo de la lámpara dibuja su arabesco en las tinieblas- y marcha a tientas.

#### EL MUNDO POETICO.

La musa de don Antonio tiene, como todas las musas, su mundo poético, pero el suyo está enclavado en este mundo terrenal, mundo nuestro de cada día. Otras musas viven en campanas neumáticas fuera del espacio y del tiempo, colgadas de un punto neutro acaso entre el cielo de la tierra y el cielo de la luna, alojamiento posible para la poesía químicamente pura.

La musa de don Antonio vive en la tierra, en lugares de la tierra que están en los mapas y tienen nombres propios. Ahora está en Soria; más adelante habitará en Baeza, pueblo entre andaluz y manchego-, en Segovia romana y picara; los pinos de Balsain le contarán sus rumores, breñas del Guadarrama -"¿eres tú, Guadarrama, viejo amigo?" desollarán sus manos ávidas de contactos radicales y soñará caminos de la tarde en las anchuras castellanas. Al fondo, lejos, entre neblinas vagas, Sevilla, ciudad más soñada que vivida, cuyo recuerdo le acompaña siempre como el eco borroso de una canción infantil.

En las postrimerías de su vida la tormenta que desgajó a su patria arrancó a don Antonio de sí mismo y le llevó a tierras levantinas y catalanas; antes, en sus años mozos, afanes voluntarios lo habían llevado más allá de las fronteras de España, pero su musa no quiso saber nada de estas andanzas. Fuera de los límites de su mundo enmudecía o recordaba.

El mundo poético de don Antonio Machado tiene cuerpo y alma. El cuerpo, someramente dibujado en los nombres geográficos citados más arriba, lo constituye la realidad física de Castilla con raíces y ensanches andaluces. El alma es la del poeta.

La primera y más grande aventura <sup>poética</sup> de don Antonio fué el hallazgo de Castilla; la de Castilla fué el hallazgo de don Antonio. Instantáneamente formaron unidad que me atrevería a llamar conyugal por lo apretada, lo firme, lo fecunda; por lo que hubo de azaroso en su encuentro -como fué pudo no ser- y por ese doble juego de reacciones que se advierte en ellos, los mutuos descubrimientos y los mutuos **mimetismos**, que solo entre esposos se producen. Tras varios años de coyunda, esposo y esposa se parecen por fuera y por dentro las palabras "tuyo" y "mío" carecen de efectividad expresiva. Así, don Antonio, andaluz de cepa, es el más profundo poeta castellano y Castilla camina junto a él con insospechada gracia andaluza. Completa la imagen otro rasgo muy significativo. La pasión castellana de don Antonio no tiene resonancias históricas. Ama a Castilla viva, actual, presente, como se ama a una mujer, por lo que es y no por lo que fué. Actitud extraordinaria que bastaría para definir a un gran poeta porque cuando don Antonio la conoció <sup>Castilla</sup> era una realidad apenas poética, si lo era algo, y brotaban, en cambio, sugerencias líricas frente a uno cualquiera de sus retratos antiguos. Don Antonio los relegó al desván, cerró sus oídos a la importuna musiquilla nostálgica, se puso a mirar los campos grises, las roquedas cárdenas, los amarillos álamos, las parameras pardas, las cortadas serranías azules, la vida humilde, pobre, miserable de labradores y buhoneros y su alma se llenó de piedad y de amor.

Hallazgo de un paisaje; coincidencia lógica -"mi juventud veinte años en tierra de Castilla"- con él, y sobre él, de las eclosiones sentimentales. Ambos elementos se engarzaron en la realidad y engarzados siguen en la transmutación poética. El final prematuro y desventurado de la flor más pura y duradera aprieta más el alma del poeta contra el paisaje enjuto; su dolor y la tierra se confunden y no se sabe, a veces, de donde sale la queja. ¿Llora por los tristes campos sorianos aterridos o por la esposa muerta?

Acaso las lágrimas brotan confundidas también: y con ellas los mejores versos.

¡Oh, si, conmigo vais, campos de Soria,  
tardes tranquilas, montes de violeta,  
alamedas del río, verde sueño  
del cielo gris y de la parda tierra,  
agria melancolía.  
de la ciudad decrepita,  
**me** habeis llegado al alma  
¿o acaso estabais en el fondo de ella?

Versos como estos que le dicta el amor en la, ausencia de su paisaje:

Palacio, buen amigo,  
¿está ~~en~~ la primavera  
vistiendo ~~ya~~ las ramas de los chopos  
del río y los caminos? En la estepa  
del alto Duero primavera tarda  
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...  
¿Tienen los viejos olmos  
algunas hojas nuevas?  
Aun las acacias estarán desnudas

y nevadas los montes de las sierras.

.....

Palacio, buen amigo,

¿tienen ya ruiseñores las riberas?

Con los primeros lirios

y las primeras rosas de las huertas,

en una tarde azul, sube al Espino,

al alto Espino donde está su tierra....

Y en otro lugar:

Allá en las tierras altas

por donde taza el Duero su curva de b

su curva de ballesta

en torno a Soria, entre plumizos cerros

y manchas de raidos encinares,

mi corazón está vagando en sueños....

¿No ves, Leonor, los álamos del río

con sus ramajes yertos?

Mira al Moncayo azul y blanco; dame

tus manos y paseemos.

Cuerpo y alma, paisaje y poeta, están aquí tan hondamente trabados que no cabe más. Si yo supiera explicar el encanto absoluto de estos versos, que me conmueven siempre que los leo o los recuerdo, diría que, a mi entender, nace de que paisaje y sentimiento se sirven mutuamente <sup>de</sup> resonadores. El sentimiento personal del poeta no puede ser más vulgar y nada lo distingue, en el fondo, del que miles de hombres, poetas o no, han padecido y padecen en trances semejantes al suyo. Don Antonio no exagera, ni retuerce, ni sutaliza, ni fantasea su dolor. Le duelen la esposa muerta, la juventud perdida, la vida rota y canta sus quejas de hombre normal como un hombre normal. El prodigio es hacer, sin desnaturalizarlo, de este dolor materia de creación poética.

El paisaje, por su parte y por sí solo, con su hosca y tremenda desnudez, también difícilmente podía convertirse en materia poética. Necesitaba que el vértice sangrante de **un** corazón humano pasara, subrayándolas, por encima de sus líneas. Y que fuera cierto porque en este reino la superchería se llama ripio y no hay crimen mayor. El dolor encontró en el paisaje, traspasándose en él, una voz más universal. Realizada la consubstanciación el milagro poético fué <sup>su</sup> ~~la~~ consecuencia.

#### LA VOZ DE LA SANGRE.

A medida que don Antonio se hace viejo se le van cansando los ojos de ver y cada vez los cierra más sobre sí mismo. Los paisajes ya no son los que eran -los suyos están ahí grabados para siempre- y los dolores cumplen la paradoja de alejarse según la marcha de la vida nos acerca a ellos. (Nunca está más lejana la muerte de la persona amada que cuando la muerte nos va a depositar en sus brazos). Una dulce serenidad descende sobre el alma de don Antonio. Está en paz: vivió, sufrió y pagó. El tumulto de la vida le llega, ahora, tamizado y aséptico. No toma parte directa en él; es, por lo tanto materia de reflexión. Fué actor, se ha convertido en espectador. Vistos a distancia, y a través de unas persianas que quitan crudeza a la luz, el mundo y su hervidero humano excitan la piedad y la ironía.

Y como quedan intactos el gusto por la canción y el verso y la gracia mágica para hacerlos saltar cristalinos y exactos, piedad, ironía y gracia se cuajan en coplas, aforismos, sentencias, proverbios, fantasías, o en breves, brevísimos apuntes poéticos que traen una cualidad común: hablan con acento andaluz. Es la voz de la sangre. Don Antonio, encerrado consigo mismo, encuentra la ancha veta andaluza que la presencia de Castilla mantuvo casi completamente ~~de~~ ~~o~~ terrada, y el manantial brota con perfecta naturalidad. Si Castilla fué, ante todo, paisaje, Andalucía es sangre, voz de la sangre, es decir herencia,

raza, y le emana <sup>de</sup> los entresijos más hondos de su ser. Para encontrarla no tiene que mirar hacia afuera; le basta con no mirar a ninguna parte y tender el oído. Andalucía no puede ser en don Antonio una aventura personal como <sup>lo</sup> ~~fué~~ <sup>Castilla.</sup> ~~castellana~~. La voz de la sangre es mostranza colectiva, y entra en la carne de los siglos pasados como las mareas del mar (por el cauce de algunos ríos) se meten tierra adentro. Ejemplo: todos los poemas de Castilla están escritos en primera persona del singular, son páginas de autobiografía; en los poemas con acento andaluz el poeta vierte también, sin duda, sus experiencias personales, pero no es aquella angustia exasperada de protagonista que tenía y muchas veces queda en un segundo término, mitad porque ya no se nutre de raíces sentimentales sino intelectuales, mitad porque mi corazón es mío, pero mi sangre es de todos los que me la dieron.

Da doble luz a tu verso  
para leído de frente  
y al sesgo.  
Más no te importe si rueda  
y pasa de mano en mano:  
del oro se hace moneda.

Este poemilla, con el que, sin duda, don Antonio se aconseja y disculpa, no parece extraordinariamente expresivo de su nueva actitud. El poeta no renuncia a guardar alguno de sus secretos, *pero* ya no escribe para sí y se aviene a convertirse -"del oro se hace moneda"-no sin alguna inquietud, en una de las muchas voces anónimas que crearon la poesía popular de su raza.

Más que la inteligencia le guió en este trance su clarísimo instinto. Me explicaré mejor, si puedo. Así como en la etapa castellana se realizó su poesía por la conjunción -¿fortuita? todo es fortuito en la vida y nada lo es- de paisaje y sentimiento, en la etapa

andaluza, esencialmente intelectual, su poesía se logra o no se malogra en pedantería y conceptismo por la intervención de las savias y ritmos populares. Se dirá que esto ocurrió porque don Antonio era el que era, es decir que él buscó conscientemente dentro de sí-no tenía por qué ir más lejos- savias y ritmos, que, en cierto modo, no le habían abandonado nunca, necesarios para salvara su poesía de aquellos vicios, porque era un gran poeta. En estas ~~disquis~~ <sup>disquis</sup>iciones siempre se viene a parar en el cuento de qué fué antes si el huevo o la gallina.

A don Antonio le gustaba mucho teorizar sobre poesía y explicó la suya en varias ocasiones muy agudamente, como en estas <sup>su</sup> palabras de Juan de Mairena escritas para definir una de las fallas del barroco literario español y que son una magnífica definición de su etapa poética andaluza: ~~«~~«la calidad de lo gracioso que sólo se produce cuando el arte, de puro maestro, llega al olvido de sí mismo y a hacerse perdonar su necesario apartamiento de la Naturaleza». Estas palabras, justas, exactas están escritas con la inteligencia, pero ¿qué tiene que ver con estos dos versos maravillosos?:

La Primavera ha venido.

Nadie sabe cómo ha sido.

Aquellas dicen que don Antonio además de su don poético genial tenía talento, que no estorba antes bien ayuda al don poético, pero su verdadera raíz se halla en otra parte. ¿Dónde están las raíces de estas canciones?

Junto al agua negra

Olor de mar y jazmines.

Noche malagueña.

.....

¡Blanca, hospedería,

celda de viajeros

con la sombra mía;

.....

A las palabras de amor  
 les sienta bien su poquito  
 de exageración.

.....

Encuentro lo que no busco:  
 las hojas del toronjil  
 huelen a limón maduro.

.....

.... Pero yo he visto beber  
 hasta en los charcos del suelo.  
 Caprichos tiene la sed.

Aquí habla la voz de la sangre, la raíz está en la sangre, río que viene de muy lejos y nadie sabe en que mares irá a parar. La voz de la sangre tiene muchas veces cosas inteligentes que decir, pensamientos sutiles que expresar.

El ojo que ves no es  
 ojo porque tu lo veas  
 es ojo porque te ve.

.....

Busca a tu complementario  
 que marcha siempre contigo  
 y suele ser tu contrario.

.....

Tengo a mis amigos  
 en mi soledad;  
 cuando estoy con ellos  
 ¡qué lejos están!

Y las dice y las expresa sin embarazo alguno. Y como les pone,

que es lo que ella tiene, gracia, y les quita lo que estorba, lastre retórico, grandilocuencia, énfasis, son sus resultados otras tantas pequeñas, deliciosas maravillas, como estas dos que reproduzco porque en ellas, además, está <sup>resumiola</sup> ~~esta~~ la filosofía del nobilísimo espíritu de don Antonio.

¿Dices que nada se crea?

No te importe, con el barro de la tierra haz una copa para que beba tu hermano.

¿Dices que nada se crea?

Alfarero a tus cacharros.

Haz la copa y no te importe si no puedes hacer barro.

ESPAÑA. Castilla-paisaje-sentimiento; Andalucía-sangre-pueblo. Y España. España entra también en el mundo poético de don Antonio. Son, las tuyas, apariciones espaciadas que señalan la existencia de una corriente patriótica y política que le acompaña a lo largo de toda su vida. Esta corriente tomó sus aguas de un gran lago cimero y divisorio que tiene un nombre de dos cifras: 98. Don Antonio no pertenece por la edad, exactamente, a la generación del 98, pero es en esta zona de su espíritu hijo suyo o, si se quiere, su hermano menor.

España, la nación española ~~son~~ son también materia poética, pero aquí don Antonio pierde el contacto con los jugos esenciales de la tierra y de la sangre y ya no es un hombre que se expresa poéticamente; es un español que se expresa poéticamente. Digamos la verdad: don Antonio fracasa. en el empeño. La rueda de su molino no muele conceptos abstractos y, para un español, "España" y "español" fueron dos conceptos abstractos hasta que la guerra les dió realidad de carne y hueso. En Machado

se ve muy clara esta transformación. Sus lejanos arranques de poeta civil son lo más endeble de su obra; en ellos están los únicos versos retóricos y flatulentos que don Antonio ha escrito. En cambio es asimismo el español quien habla de España en sus últimos sonetos y lenguaje e imágenes tienen la sencillez verídica que le dictaron siempre los seres vivos. España y lo español habían dejado de ser abstracciones para convertirse en realidad tangible, palpable, adolorida, sangrienta. Hay aquí unos matices que quiero precisar. En poquísimos momentos de su historia el español se ha visto, se ha sentido miembro de una colectividad llamada España. "Mi nombre es Fulano, pertenezco a tal familia, soy de tal pueblo y, apurando mucho, de tal región". Con estos datos se definía a sí mismo y le bastaban; sabía, porque se lo habían enseñado en la escuela que todos estos caracteres estaban inscritos en una comunidad nacional, pero como esta inserción no le añadía nada por dentro la tomaba como una servidumbre burocrática, hija de quién sabe qué razones ajenas a él, contra la que no vale la pena de protestar porque, por lo visto sin una servidumbre de ese género es imposible vivir. Si no fuera esta sería otra ¿qué más dá, entonces?

Acaso la primera vez que el español ha sentido de verdad, con sus entrañas, que él y España eran una sola cosa con una siamesa interdependencia vital, fue durante la guerra que comenzó hace, en estos días, cuatro años. Si no me llevara muy lejos y la ocasión fuera más oportuna, yo describiría el entusiasmo infantil que acometió a muchos españoles cuando hicieron el descubrimiento de España como parte biológica de su propio ser. Era de una ingenuidad conmovedora, pero, quizás, la única razón seria de optimismo patriótico que había en aquellos días terribles. Más o menos a todos nos alcanzó el fenómeno. En don Antonio produjo los efectos que he indicado. El español y el hombre se le fundieron en una sola pieza. Hasta entonces lo español había sido una acti-

tud retórica. Haré el último distinguo: me refiero a lo español nacional, político, porque racialmente, nos sentíamos españoles todos, pero a este sentimiento se llegaba por los caminos de la sangre como una extensión del pueblo natal, de la familia y de la persona y perdía ~~en~~ densidad, hasta ~~no~~ existir apenas, como elemento unificador en la medida que sus límites se ensanchaban. El sentimiento de raza engendra un tipo de solidaridad -por lo menos entre nosotros- de ligaduras flojísimas y deja al hombre en absoluta libertad de sus instintos, da y no exige nada en cambio. Para uno cualquiera de nosotros el resto de los españoles eran como esos parientes lejanos que tienen en su árbol genealógico alguno de nuestros apellidos, lazo absolutamente inerte si no lo refuerza la convivencia ~~amistosa~~ amistosa. La solidaridad nacional política, nos <sup>venía</sup> ~~impuesta~~ ~~impuesta~~ impuesta por el aparato riguroso del Estado -es el cuerpo inevitable para que el espíritu de la nación se aposente- y el español no comprendió jamás el motivo de esta interferencia y tomó el rábano por las hojas acaso porque solo le pusieron las hojas a su alcance.

### LA MUERTE

Don Antonio, poeta y hombre, andaluz, castellano y español - no hay más en él- murió en tierra extranjera, en tierra que es hoy, además, escarificada. En ella yace, pero no descansa. A mí me duelen su soledad y su ausencia y pienso con angustia en la angustia de sus pobres huesos desamparados. El destino sarcástico que lo hizo profesor de francés en Institutos provincianos le dió la muerte mas dolorosa. Ni el hombre ni el poeta podían vivir fuera de España. Apenas transpuso las fronteras su alma se negó a seguirle y se volvió "al alto Espino donde está su tierra".

Un día habrá que rescatar su cuerpo y llevarlo a ese alto Espino de sus sueños o al lugar donde él pedía, sin duda expresando por manera indirecta su propio anhelo, que llevaran a su maestro don Fran-

cisco

¡Oh, sí, llevad, amigos,  
su cuerpo a la montaña,  
a los azules montes  
del ancho Guadarrama.  
Allí hay barrancos hondos  
de pinos verdes donde el viento canta.  
Su corazón repose  
bajo una encina casta  
en tierra de tomillos donde juegan  
mariposas doradas.....

Paulino Masip

La última residencia de Antonio Machado en Barcelona fué una casa señorial, rodeada de un viejo parque frondoso y abandonado. Por la parte ~~del~~ trasera los ~~caminos~~ cubiertos de hojas secas y las frondas de los árboles ~~iban a confundirse~~ iban a confundirse con los pinares de la alta montaña. La fachada principal, tras una amplia esplanada de jardines, tenía a su pie la ciudad inmensa y al fondo se ~~destacaba~~ destacaba el amplio azul del mar. En la parte baja del caserío habían hallado cobijo algunas familias refugiadas de la ~~ribera~~ <sup>desolada</sup> ~~del~~ del Ebro. Algunas gallinas y unos pocos corderos - único resto de su hacienda, ~~no~~ merodeaban por los jardines y el bosque. En los ~~parterres~~ <sup>las mujeres</sup> plantaban hortalizas para proveer a su manutención.

Don Antonio a los 63 años se hallaba en la plenitud de su vigor espiritual. Trabajaba intensamente. Su cuerpo era débil; su alma fuerte. Las piernas medio paráliticas apenas le podían sostener. Del brazo de alguien y apoyándose en un bastón se atrevía a dar algunos pasos por las veredas soleadas del jardín. Su fuerza espiritual se manifestaba en la vivacidad penetrante de su mirada y en la amenidad de su conversación ~~en~~ en la cual alternaba el fervor con la benevolencia de un humorismo irónico. Nunca hablaba mal de nadie. Difícilmente se le podía hablar de alguien sin que respondiera inmediatamente: "Buena persona!". En ello se revelaba la profunda bondad de su alma. Era un hombre sencillo "y, en el buen sentido de la palabra, bueno".

Vivía con ~~su~~ ~~familia~~ su madre, una anciana andaluza bellísima, su ~~hermano~~ hermano José, la mujer de este y sus ~~hijas~~ hijas. Su hermano era para él un Cirineo. Se ~~hallaban~~ hallaban intimamente unidos por un afecto hecho de ternura y de admiración. El amor a sus sobrinas se extendía generosamente a todos los hijos de los refugiados que con su algazara animaban la casa. Doña Ana, la anciana señora, trataba a Don Antonio como <sup>a</sup> un ~~hijo~~ niño. "Como no te has peinado hoy?" "Si pareces un anciano" le decía <sup>al notar</sup> cualquiera de las múltiples fallas de su ~~%~~ "torpe aliño indumentario". Muchas veces al sentarse a comer le prendía con ternura la servilleta al cuello. Don Antonio ~~trataba a su madre con profundo~~ <sup>respeto</sup> lo recibía todo con ~~muestra~~ <sup>estas</sup> de respeto y de amor, ~~sin~~ ~~que~~ ~~la~~ sordera senil le impedía

impedia oír los alaridos de las sirenas de alarma. Se sobresaltaba en cambio en los momentos de mas profunda calma. "Cuando mamá oyó algo, solia decir sonriendo Don Antonio, es seguro que no hay nada."

Lo unico que le encendia ~~el alma~~ y promovia en su alma un movimiento de ira indignada eran los bombardeos de la ~~ciudad~~ gran ciudad indefensa por la aviacion italiana. Desde los balcones del caserio se veia la ciudad inmensa, silenciosa y reposada bajo el cielo transparente, iluminado por la luna. Se oian los ~~sonidos~~ sonidos ritmicos ~~de las bombas y de los buhos~~ y melancolicos de las ranas y de los buhos. La gracia parecia caer sobre la naturaleza. De pronto los alaridos de las sirenas perforaban el espacio. Los riestampidos secos, resonantes de los antiaereos ~~se cruzaban con las trayectorias~~ acompañaban rítmicamente a la fulguracion blanca y fria de los disparos y se cruzaban con las trayectorias rojas de las bengalas. Las estelas móviles de los reflectores se movian indecisos a la luz de la luna. La resonancia profunda y sorda de las bombas helaba el alma... De dia ~~se~~ brillaban en el ~~cielo~~ <sup>cielo</sup> azul los puntos plateados de los aviones y tras la resonancia de las bombas una nube de polvo y humo cubria la ciudad. Don Antonio permanecia ~~si~~ sereno y silencioso. Pero en aquellos momentos trágicos no era raro oírle exclamar con voz contenida: "Canallas, canallas."

Le indignaba tambien los cabildeos de la politica internacional que han llevado a Europa a la catastrofe. Discutiendo sobre ella y sobre la ayuda que pudiera recibir España de los paises interesados en el triunfo de la libertad, no compartia las esperanzas que ~~con frecuencia~~ <sup>en algunos</sup> forjaba el anhelo ~~y con frecuencia~~ y con frecuencia se le oia decir: "Ven a hacer con nosotros una gran canallada".

Las tardes de los sábados y de los domingos, en compañía de algunas personas mas, soliamos reunirnos en un amplio salon, muy siglo XIX, con cuatro grandes consolas retorcidas ~~y~~ <sup>y</sup> cargado y amplios espejos, cargado de cornucopias y ~~de~~ dorados. Algunas veces venian estudiantes, comisiones extranjeras o delegados de ~~la~~ la sociedad de amigos cuáqueros. No habia tabaco. No habia té. En torno a unas tazas de tila se generalizaba la ~~convergencia~~ <sup>convergencia</sup>

cion. En un viejo Erard tocábamos música popular española - canciones y danzas catalanas, andaluzas, castellanas, gallegas -, las ~~mélodías y apenas guineadas de los grandes clásicos de la vihuela~~ melodías apenas conocidas de los grandes clásicos de la vihuela y de la guitarra. A la música se mezclaba la lectura de los poetas predilectos y de poesías y coplas populares. Con frecuencia eran evocadas las grandes ~~figuras~~ del genio español - Ramon Llull y Cervantes, San Juan de la Cruz y Ausias March, Lope de Vega y Luis de Leon... - Machado insistía siempre en la profundidad de pensamiento de las coplas andaluzas y presentía que en ellas se hallaba el germen de una posible Filosofía española. Revestida de estilo y de dignidad poética, en muchos de sus poemas se halla el alma de la copla: la sentencia, el pensamiento escueto y ~~sentencioso~~ sentencioso.

El reposo apacible de aquel salón revelaba un fervor contenido. Desde mi llegada a París sentí el escalofrío de una Europa ~~desconyundada~~, perturbada por el espectro de una ~~gran~~ hecatombe. El olvido de las mezquindades de la vida, la serenidad y el reposo espiritual, la conciencia clara de un destino aceptado con dignidad y silencio halló su último refugio en el salón de gusto romántico donde Don Antonio acogía a sus amigos. Aquellas tertulias íntimas eran constantemente interrumpidas por apagones de luz y bombardeos de la aviación italiana. Rehecha la luz ~~van~~ renacía la copla. En aquel ambiente de íntima poesía nada perturbó nunca la paz.

Aquella serenidad no estaba hecha de entusiasmo frívolo. Don Antonio había previsto siempre la ~~y~~ tragedia final. Ningún falso optimismo ayudaba su fervor. Su actitud era digna, señorial, perfecta. En nada vanamente "entusiasta", ni histrionicamente heroica. Aguantaba en aquel rincón de España por dignidad humana y sobretodo - lo repetía constantemente - por patriotismo. Profundamente enraizado, un patriotismo silencioso, pero auténtico ~~y verdadesro~~, lo vinculaba a los sufrimientos de su pueblo, invadido y ultrajado. Pensaba que en los individuos y en los pueblos solo alcanza la inmortalidad quien sabe merecerla y ganársela, que los caminos del deber son inexorables y una vez descubiertos es preciso seguirlos confiado y gozoso. Penetrado del



Le parecían subterfugios poco serios. Creía más útil para ~~Es-~~ España el acto de su presencia personal.

Le molestaban las peticiones constantes ~~que~~ que pretendían utilizar su pluma para la redacción de notas y manifiestos. "Dicen que escribo bien, decía, .Yo no lo he dicho nunca. Pero si algo ~~me~~ escribo mejor o peor es porque a mi se me ocurre. Si a alguien se le ocurre otra cosa que no pretenda que yo lo escriba. Que lo escriba él."

Sus previsiones pesimistas se confirmaron una tras otra. En los últimos días las cosas se precipitaron vertiginosamente. Los bombardeos de la aviación se sucedían hacia tres días sin parar. Los partes oficiales de guerra eran desalentadores. El domingo 22 de Enero las noticias más alarmantes se difundían por la ciudad. El invasor se acercaba a sus puertas. La tertulia habitual se reunió sin embargo. El ruido de los bombardeos apenas dejaba lugar al canto. Entró la noche llena de angustia.

Al día siguiente, al bajar hacia el centro de la ciudad por la calle de Muntaner, sonaron las sirenas alarma y nos metimos en el refugio del ~~Ministerio~~ Ministerio de la guerra. Nos dimos cuenta de que el Ministerio recogía los papeles y preparaba la evacuación. Los ~~Ministerios~~ Ministerios y las industrias de guerra abandonaban la ciudad y eran trasladados a Gerona y a Figueras. Fui a la Facultad de Filosofía y Letras donde se dieron todas las clases con normalidad - lo digo en honor de aquellos muchachos y muchachas y de aquellos profesores que hasta el último momento siguieron en su puesto haciendo etimologías o comentando a San Agustín -. Desde la Facultad, no contando con otro amparo para sus miembros ni para Machado que seguía en su casa de la Bonanova, fui a ver a Puche. Puche, que como director de Sanidad tenía a sus órdenes las ambulancias, tomó bajo su responsabilidad la salvación de la ~~Facultad~~ Facultad y de un grupo de profesores y escritores y entre ellos la de Antonio Machado y su familia,

Aquella misma noche un golpe de teléfono del Señor Puche advirtió a Don ~~Antonio~~ Antonio que estuviera dispuesto si quería abandonar Barcelona con el gobierno de España. Machado se limitó a recordar al Doctor Puche que en caso alguno querría abandonar ~~a su madre, a su madre y a la familia de su~~ a su madre,

a su madre ni a la familia de su hermano José.

A las tres de la madrugada del martes salimos de Barcelona. Machado, su madre y algún anciano más fueron hasta Gerona en el coche del Doctor Puche. El resto en una ambulancia. La ambulancia iba llena a rebosar de personas, maletas y bultos de toda índole. Las bombas resonaban y los reflectores y las bengalas iluminaban el cielo. Estuvimos más de una hora bajo el bombardeo en el arroyo de la Gran Via Diagonal. Al hacerse el silencio emprendimos la marcha. Era la tercera vez que la familia Machado se veía obligada a abandonar su casa. El mes de Noviembre de 1937 dejaron su hogar de Madrid. El mes de Marzo de 1938 hubieron de pasar de Valencia a Barcelona. Entonces, como ahora, a las ordenes del gobierno legítimo de España.

Era una noche magnífica. Nuestra caravana se confundía con la interminable hilera de camiones y coches que abandonaban la ciudad. Desfilaban todos en la oscuridad ~~manmanmentna~~. Para ~~evita~~ evitar la metralla de la aviación nuestras ambulancias ~~q~~ fueron conducidas por carreteras interiores y secundarias, a través de la ~~sierra~~ <sup>sierra</sup> del Montseny, por Sant Hilari y Arbucies. A ambos lados de la carretera se veían pequeños campamentos de fugitivos que, tras un día de marcha, se habían dormido en torno al fuego. En el interior de la ambulancia ~~chocan~~, a oscuras, languidecían ~~los comenta~~ ~~riegl~~ las conversaciones y los comentarios.

Llegamos a la ciudad de Gerona con la luz del día. Las calles de la ciudad estaban abarrotadas de vehículos ~~de~~ y de fugitivos. Camiones enormes cargados de cajas, sillones, ruedas y helices, ficheros, máquinas de escribir, ~~manmanmanman~~... obstruían el paso. Apesar de la aglomeración el silencio era imponente. Estuvimos allí ~~de~~ varias horas detenidos. No era posible pasar. Era un ambiente de cansancio y de miedo. Las torres de la catedral y de San Feliu, doradas por el sol y los siglos, se reflejaban en las aguas ~~menas~~ del río. Estabamos en Gerona. Una de las ciudades más venerables de Catalunya, llena de Iglesias y de conventos ~~mas~~ y de callejones silenciosos y recuerdos de todos los siglos.

En el momento ~~en~~ mismo en que conseguimos ~~salir~~ reemprender la marcha tocaron las sirenas.

Fuimos conducidos a pocos kilómetros <sup>al norte</sup> [de la ciudad, al pueblo de Cerviá de Ter, apartado de la carretera general. Llegamos

unidos en la misma angustia, en un estado de conciencia vaga e indecisa, rendidos de fatiga. El alcalde del pueblo nos ~~acompañó~~ recibió con acojedora generosidad, nos ofreció una comida caliente y nos condujo a un caserío señorial situado a media hora del pueblo. A Machado y demás ancianos les ofreció su tartana. El movimiento ~~de~~ de la tartana mareó a Don Antonio y a su madre. Se apearon y siguieron a pié. José Machado ofreció el brazo a su hermano y su mujer sostenía los pasos diminutos y vacilantes de la anciana. El sendero seguía el linde del bosque, un bosque de encinas y de pinos, con olor de romero y de tomillo. A la derecha se extendía el valle del Ter verdeante al brotar de las sementeras. Los árboles del río ofrecían al sol su desnudez. El cielo era de un azul impecable. Era un día magnífico, lleno de paz.... De vez en ~~cuando~~ cuando se oía el fragor lejano, sordo y profundo de las bombas. Los aviones bombardeaban Gerona, Flassá, Figueras.. Parecía imposible!...

Machado se sentaba con frecuencia al borde del camino para descansar y miraba en su torno. Miraba con melancolía la delicadeza del paisaje. Ya en el caserío, se pasaba las ~~h~~ horas al pié de la ventana y lo seguía mirando. ~~Lo acariciaba con la mirada~~. Lo mejor de su poesía había surgido de la comunión con el campo. Los campos de Andalucía y de Castilla fueron el alma de su lírica. A su paso por Valencia su contacto con la ~~tierra~~ tierra y el mar se tradujo en canto. En Barcelona anhelaba con añoranza ~~vivir~~ <sup>y el mar</sup> el campo de Catañuña para decir en palabras su ritmo y su armonía. La escasez de vehículos se lo había impedido hasta aquel momento. En aquel llano del Ter se hallaba en él por vez primera. Lo acariciaba con los ojos.

En aquel rincón lleno de encanto pasamos dos días ~~llenos~~ de angustia. Una noche a las tres de la madrugada golpearon a la puerta. Era el Doctor Joaquín Trias - uno de los hombres que con Puche se consagraron con entereza inaudita y hasta el último momento a la salvación de la selección intelectual -. Traía la noticia de la caída de Barcelona en poder del invasor. Sentimos el escalofrío de la perdición ~~inminente~~.

Al día siguiente ~~ninguno~~ alguno de los compañeros fué a Gerona. Se había dado <sup>orden</sup> de evacuar la ciudad. En la carretera y en las ~~calles~~

calles el 'desfile y la aglomeración era <sup>v</sup>imponente<sup>s</sup>. Automóviles, camiones, cañones, ametralladoras, tartanas y carros, grupos de soldados en formación, familias enteras, hombres mujeres, niños a pie rebaños de corderos, se precipitaban y apretujaban. En las encrucijadas los guardias de asalto perfectamente uniformados ordenaban la circulación.

Aquella misma tarde los caminos ~~procurados~~ vecinales fueron llenándose de familias enteras de campesinos que abandonaban su hogar aterrorizados por la amenaza inminente ~~de la~~ invasión. Llevaban consigo cuanto podían - carros, colchones, vacas, cabras, gallinas - y avanzaban lentamente hacia la carretera de Francia para engrosar el desfile interminable, camino de Figueras.

Llegaron a nuestro refugio solitario rumores hiperbólicos. "Los italianos habían desembarcado en Roses." "Las tropas moras bajaban de Puigcerdá y amenazaban cortar la frontera"... Llegó un momento en que muchos ~~perdieron~~ perdieron la serenidad. Sintieron el escalofrío de hallarse solos y abandonados. Nada se sabía de Puche ni de Trias. Nadie desconfió un momento de ellos. Pero su vida misma se hallaba constantemente expuesta. No se contaba más que con un pequeño coche en que habían llegado aquella noche algunas personas más. Eramos más de treinta.. Cincuenta kilómetros de una carretera intransitable nos separaban de la frontera. Se hallaban entre nosotros ancianos, niños e inválidos. Alguien pensó en la posibilidad de organizar la ~~evacuación~~ evacuación por etapas, utilizando el pequeño automóvil. Salió el coche lleno. Hubo pequeñas escenas desagradables. Una vez más se hizo sentir toda la caballerosidad de Machado. Sentado al lado del balcón con los suyos miraba el camión; ~~no~~ decía nada. Solo una vez se volvió a mí y me dijo con voz resuelta y reposada: " Si se organiza la evacuación, yo seré el último".

El coche no volvió.

Entraba la noche. El nerviosismo se exacerbababa. Cuando llegaba ya al paroxismo llegó un enviado de Puche. En la carretera nos esperaba una ambulancia con ordenes precisas. La noche era oscura, negra. Cargamos con los equipajes y emprendimos la vereda. En la ambulancia venían ~~ya algunas personas~~ ya algunas personas. Algunos tuvieron que sentarse o tumbarse encima de los bultos.

No daba para mas. ~~MAHgmnoamammm~~. Fué preciso abandonar una parte de los equipajes en la carretera.

Por una carretera tortuosa nos internamos en la sierra y fuimos conducidos al mas Faixat. una gran masia en medio del bosque. El caserío se hallaba ya ocupado por otras dos caravanas conducidas tambien por las ambulancias de Puche. Personas de todas las edades y ~~de todas las~~ condiciones se movian en la oscuridad de las cuadras, de las escaleras y los corredores. Maletas hechas y desechas y personas tumbadas encima de ellas interrumpian el paso. La mayoría se recogió en la cocina, una cocina ~~enorme~~ antigua, enorme, patriarcal. El fuego del hogar nos calentaba e iluminaba vagamente la sala con luz roja e indecisa. Las hijas del Doctor Puche repartian vasos de leche. Las horas pasaban lentas

Idas y venidas, ordenes y contraórdenes. Las dificultades del exodo se multiplicaban. Faltaban coches, faltaba bencina. La carretera de Francia se hallaba obstruida por la aglomeracion.

Hacia la madrugada se nos dió orden de partir. Se organizó una caravanda de tres ambulancias. Nos dirigimos a la carretera general. Nos detuvimos en el pueblo de Bascara para recoger a unos ancianos familiares. La casa solariega en que habitaban se hallaba abandonada ya. En el puente del rio Fluviá se detuvieron las ambulancias. No era posible seguir. La carretera estaba literalmente obturada. En la oscuridad de la noche fué preciso realizar una difícil maniobra de retroceso.

Torcimos por caminos secundarios. Llegamos a Torrcella de Montgrí para proveernos de aceite. No habia aceite. La población habia sido abandonada y estaba desierta. Nos dirigimos al puerto de La Escala. Los carabineros se negaron a darnos aceite sin <sup>una</sup> orden de Figueras. Salió un emisario para Figueras. Habia amanecido ya. Apareció la aviacion italiana. La mayoría buscó refugio entre las quiebras de las rocas. Machado y su madre y algunas personas mas se quedaron en las ambulancia. En la rada habia anclado un barquichuelo de vapor. Los aviones volaron muy bajo sin bombardear

Pudimos, en fin, reemprnder la marcha, y atravesar la amplia y frondosa <sup>vega</sup> ~~valle~~ del ~~Ampurdán~~. Alto ~~Ampurdán~~. - Armentera, San Pedro Pescador, Castelló de Ampurias... - A la derecha y al fondo resplandecia la mole blanca del Canigó. Al pié de la cordillera blanqueaba la ciudad y el castillo de Figueras. A la derecha la li-  
~~blanqueaba~~

línea azul de la bahía de Rosas. Cielo y mar eran de un azul impecable. El Ampurdan magnífico. Varias escuadrillas de aviones cruzaron en vuelo bajo. En el interior de la ambulancia alguien repartió unos pocos huevos duros.

A través de viñedos y olivares emprendimos las ~~vuelas~~ vueltas de la carretera de Cadaqués, hacia los collados de la Perafita, entre las colorosas montañas de Paní y San Pedro de Roda. En lo alto se divisaban tres mares. A Occidente el amplio semicírculo dorado de la bahía de Rosas, linde del Ampurdan y ~~abo-~~ <sup>entonces</sup> ra de España toda. A Oriente las acantilados recortados en múltiples radas, ~~claras~~ calas y puntas del cabo de Creus. -la punta oriental de España. Al Norte las bahías de Llansá y Puerto de la Selva, el cabo de Cervera, la punta de Bigarra, el golfo de Lyon... Francia. El espectáculo era soberbio. La soledad y la tristeza inmensas. A medida que nos acercábamos a la frontera los ojos se hemedecían. Algunos lloraban.

Puerto de la Selva, el bello pueblo blanquísimo, ennegrecido y derrumbado por las bombas se confundía con los roquedales de ~~la~~ <sup>la</sup> ~~costa~~ <sup>cosa</sup>. Al pasar por Llansá las campanas tocaban alarma. Las mujeres y los niños buscaban refugio en las cavernas y en las torrenteras. Había en la carretera grupos de soldados armados. Aparecieron los aviones. Un ~~grupo~~ pequeño grupo de soldados detuvo las ambulancias. Pretendían subir para pasar la frontera. Les mostramos el interior atestado y les explicamos la calidad de las personas que iban en ellas. Saludaron respetuosamente y nos abrieron paso.

Hacia las cuatro de la tarde llegamos a Port-Bou. Los conductores de las ambulancias tenían orden de dejarnos allí. No la obedecieron. Siguieron el camino empinado de la frontera y colocaron las tres ~~ambulanmismas~~ ambulancias en la cola de carruajes de todas clases que esperaban poderla atravesar. Nos apeamos rendidos de fatiga y de sueño. Llevábamos tres días sin dormir y sin apenas comer.

Nos hallábamos en un camino estrecho entre el mar y la la cresta de la montaña. ~~Amnmesmos~~ A nuestros pies entre los acantilados cortados a pico el azul profundo de la cala. Sobre nosotros los ~~altas~~ <sup>altas</sup> ~~picnandennnannan~~ cimas desnudas. A lo ~~le~~

lejos el amplio panorama de las cresterias iba a morir en la punta afilada del cabo de Creus. Empezó a soplar el viento. El cielo se cubria. Caia la tarde. El paisaje se cubrió de grises, violetas, malvas....

Con frecuencia habia hablado a Don Antonio de aquel rincón de Catalunya y habiamos hecho mil proyectos para visitarlo. Don Antonio lo contemplaba con tristeza. De pronto se volvió a mí y me dijo: " Verdaderamente esto es muy bello! "

Sobre la fatiga y el sueño y el hambre y la sed empezamos a sentir frio. Pasaban las horas y nada cambiaba. En el fondo del barranco las casas y la rada de Portbou se iban perdiendo en la oscuridad. Se levantó viento de Levante. Comenzó a llover.

En esto los chóferes de las ambulancias recibieron orden de llevarnos a Portbou para instalarnos allí y volver a Gerona para evacuar heridos. Tuvieron miedo y se negaron a cumplirla. De pronto se volvieron a nosotros y con palabras desmesuradas nos ordenaron abandonar inmediatamente las ambulancias bajo amenaza de pegarnos fuego y excitar contra nosotros a la pobre gente que estaba en las cunetas y en los tomillares. Iban armados. La carretera y el monte estaban llenos de gente que esperaba el permiso para entrar en Francia. Hambrientos, fatigados, andrajosos, llenos de angustia y de ira, llevaban allí largas horas, tras largas y penosas caminatas, detenidos por el cordón de soldados senegaleses. Habrian de esperar allí toda la noche bajo la lluvia. No sabian si al día siguiente podrian entrar. Mientras tanto llegaban rumores angustiosos. " Los italianos habian desembarcado en Rosas ". " Las tropas invasoras habian entrado en Figueras arrasada por la aviación "...

Intentamos convencer a aquellos pobres energúmenos alegando alegando la calidad y la condición de algunas de las personas de la caravana - Don Antonio, ancianos, mujeres, niños... - . Uno de ellos, el que parecía llevar la dirección, se volvió a nosotros y señalando con el dedo un ojo nos dijo: " Vdes. no se habian dado cuenta de que les acompañaba un tuerto "

Nos vimos precisados a abandonar las ambulancias. Llovía intensamente. Nos separaban de la frontera unos seiscientos metros. El tuerto nos despidió murmurando entre dientes: " Mis hijos han pasado frio. Que lo pasen ahora los de los demás "... Se quedaron

con el resto de nuestros equipajes.

Don Antonio se apoyaba en el brazo de su hermano. Su anciana madre en el de la mujer de este. Cuarenta personas de todas las edades seguían a pie. La lluvia nos azotaba la cara y calaba nuestros vestidos. La gente nos miraba pasar con ojos adormecidos. En la oscuridad de la noche tropezábamos y nos perdíamos entre camiones y carros, corderos y asnos y hombres y mujeres y niños y heridos. De vez en cuando las fogatas de la cuneta que la lluvia apagaba revivían de pronto e iluminaban las siluetas. Los ~~espas~~ espectros más delirantes de Goya tomaban cuerpo.

Agotados, en el límite de la resistencia física, llegamos a la cadena. No sabíamos si la podríamos pasar o si nos sería preciso pasar la noche bajo la lluvia. Unos senegaleses enormes nos cerraron el paso.

~~mpor fortuna una persona de la caravana tenía una invitación para dar unas conferencias en la Sorbona. Después de muchas idas y venidas el comisario francés encargado de la línea se percató de la calidad de las personas y bajo la fe de aquel documento nos permitió pasar.~~

No teníamos pasaportes. No teníamos dinero. Por fortuna una de las personas de la caravana tenía una invitación para dar unas conferencias en la Sorbona. Después de muchas idas y venidas el <sup>comisario</sup> francés encargado de la línea se percató de la calidad de las personas y bajo la fe de aquel documento nos permitió pasar.

La madre de Machado llegó empapada en agua. Entró en la caseta de los gendarmes y se sentó al ~~lado~~ lado de la estufa. Con el ~~pele~~ pelo blanquísimo chorreante y la cara mojada su <sup>perfil</sup> perfil correcto y delicado se destacaba con belleza singular. Tenía 27 años. No había estado nunca enferma. Ahora no sabía lo que le pasaba.

En la casa de los gendarmes nos dieron <sup>nos</sup> a todos un pedazo de queso y una gran rabanada de pan blanco y esponjoso. Nunca habíamos hallado nada tan sabroso como <sup>aquel</sup> ~~este pan que nos ofrecía~~ pedazo de pan que nos ofrecía la hospitalidad francesa.

En la habitación contigua un herido de guerra estaba agonizando.

Tras una larga espera unos autocares nos llevaron a la

~~estaban en el momento de salir~~

~~estacion de Cervera.~~

Algunos de los compañeros que llevaban pasaportes y dinero ~~habia~~ habian desaparecido ya. Los andenes de la estacion estaban llenos a rebosar de refugiados españoles sentados y tendidos en el suelo entre sacos y bultos de todas clases y rincones de basura. El dueño del restaurant se negó a darnos comida, apesar de todas las explicaciones, si no teniamos dinero sonante y cantante. Un francés desconocido nos ofreció unos francos. Pedimos unas raciones y nos las repartiamos. Don Antonio ~~ellos suyos apenas~~ apenas queria comer. Decia que ~~el~~ no lo necesitaba. Estaba silencioso. Se le veia emocionadísimo. No pronunciaba una sola queja.

~~Por las calles de~~ <sup>en</sup> Cervera la policia recorria las calles y recogia a los españoles indocumentados ~~para~~ <sup>para</sup> llevarlos a los campos de concentracion. No era posible salir de la estacion. En el hotel no habia habitacion alguna. Llegada la noche el jefe de la estacion nos permitió entrar en un vagon de refugiados. El ruido de la lluvia que continuaba cayendo en abundancia nos hizo apreciar todo el valor de aquel refugio mínimo.

La anciana se ~~sitó en~~ <sup>sentó</sup> sentó entre Don Antonio y otra persona de nuestra compañía. Habia perdido la nocion de lo que le pasaba. Hablaba con la persona que tenia a su lado pensando que era su hijo. Le hablaba suavemente como a un niño. Se quitaba sus vestidos de lana para abrirla y la acariciaba.

A las seis de la mañana el tren habia de partir con los refugiados para repartirlos por los campos de concentracion. Machado y los que ~~le acompañabamos~~ <sup>le acompañabamos</sup> hubimos de instalarnos en la sala del restaurant de la estacion. Machado sufría intensamente por su madre que, medio atontada, no cesaba de decirnos: "Hemos de ir a saludar a estos señores tan amables que han tenido la bondad de invitarnos". Con esta idea se escapaba a cada momento del restaurant. Una vez se escapó y se perdió ~~en~~ por los andenes en medio de la multitud ~~de~~ <sup>de</sup> ~~refugiados que~~ <sup>refugiados que</sup> ~~estaban~~ <sup>estaban</sup> ~~sentados~~ <sup>sentados</sup> ~~en~~ <sup>en</sup> ~~los~~ <sup>los</sup> ~~andenes~~ <sup>andenes</sup>. Conseguimos hallarla y calmar la exasperación de Don Antonio. Este la riñó con dulzura y ya no se movió mas de su lado.

Las horas pasaban lentas. En la excitacion del momento una de las personas que nos acompañaban dijo: "Después de todo en nuestra desgracia hay una cierta liberacion. Ahora seremos nuevamente libres de escoger nuestro camino". Don Antonio contestó:

"~~Nomesnñomquemimpertamcomenzamunmcaminom~~ " Lo que importa no es comenzar un camino sino seguirlo y continuarlo".

A mediodía el ministro Don José Giralt vino casualmente a al restaurant para comer. Fuí a saludarlo y le expliqué la situación de Don Antonio. Nos dió ~~noooooo~~ 300 francos. Con esto y algun dinero que me ~~nos~~ mandaron telegraficamente unos amigos de la Sorbona pudimos comer y emprender el viaje. Don Antonio se quedó con su familia en Colliure donde parecia que le habian hallado acomodo. Nosotros seguimos para Perpignan y luego para Paris. Desde la ventanilla del tren le vi por ultima vez en el anden de la estacion de Colliure, siempre del brazo de su hermano., camino del pueblo.... Pocos dias despues Don Antonio moria. Su anciana madre no ~~trado~~ <sup>hacdo</sup> en seguirle.

En el momento en que la España que amaba se hundia el gran poeta nos dejó. " Solo sabemos que se nos fúé por una senda clara".

Joaquin Xirau

Paris Marzo de 1939

Tríptico.  
-----

- 1 -

"Es la clase. En un cartel  
se representa a Cain  
fugitivo, y muerto Abel,  
junto a una mancha carmín".

Manuel y Antonio. Antonio y Manuel.

"Fue una clara tarde del lento verano..."

Manoliyo y Antoñiyo. Antoñito y Manolete. Los dos niños, los dos nacidos y mecidos entre las húmedas hierbas de Andalucía, los dos poetas. Qui ~~Entiéndase~~ se descendientes por línea directa - no hay línea más directa ni tajante; en la inspiración no caben relativismos - del Creador, hijos de Adán, habitantes privilegiados de una Andalucía primitiva, exuberante y bíblica.

Los dos infantes se miran, se miran de arriba a abajo. Y se palpan: el corazón en su sitio.

-- ¡Antoñito!

-- ¡Manoliyo!

Es un recuerdo infantil, escolar. La vida se les ofrece aun en estampas y en recitaciones. Las recitaciones son exáctas, matemáticas, yertas. Las imágenes trágicas, poéticas. Dos y dos son cuatro. ¿Cuántos son uno y uno? Uno y uno son una mancha carmín.

Un mismo candor ilumina los cromos y las mejillas de los niños poetas. Una maldición bíblica ensombrece sus párpados. La hoja ace-

rada e implacable del destino corta en dos, en el cielo azul purí-  
sima de las Andalucías, la estrella común de sus opuestos sinos.

Cae del cielo una lágrima purpúrea. Y en la estampa se encien-  
de el coágulo sangriento.

-- ¡Manuel! ¡Antonio!

La madre los llama, la madre no los distingue. Sobre la tierra  
blanda y mimosa de las marismas quedan las huellas de los poetas  
fraternos. Bamboleándose en el muro inhóspito de una escuela rural  
languidece la imagen fratricida.

¿Por qué se bambolea?. Sopla una brisa suave, apenas perceptible.  
Sopla una brisa suave que alborota los rizos en las cabezas pensati-  
vas de los dos hermanos. Y este soplido, este aliento de vida y de  
muerte, parece venir del fondo del cromo.

Cain y Abel, Abel y Cain inauguran un planeta. Tienen los ojos  
claros y la mirada transparente. La altivez del uno y la tensa mus-  
culatura del otro delatan a los protagonistas dispuestos a consumir  
el primer drama sobre la Tierra. Sus manos de tactos vírgenes buscan  
y hallan en los íntimos recovecos de las praderas terrenas las setas  
de colorido más brillante, de sabores más distintos. Entre las setas  
las hay dulces, húmedas, tibias aun bajo el rocío de la mañana, de la  
misma calidad biscosa y melosa que son los hocicos beatíficos de las  
rubicundas vacas que pacen en las inclinadas praderas que iluminan  
el paisaje del Génesis con su verde color esperanza: ¡Esperanza sú-  
bitamente agostada por la nueva Humanidad!

...Y las hay amargas, amargas como la almendra, como el corazón  
en forma de almendra de uno - ¿de cual? - de los dos niños. Está la  
amanita muscaria. ¿Hablan las Escrituras de la amanita muscaria? Las  
Escrituras guardan pudoroso silencio. Pero hablan de una mancha car-  
mín... Y la amanita muscaria es como un rubí venenoso.

-- Adios Antonio.

-- Adios Manuel.

Los hermanos se abrazan, se despiden. Sobre la tierra de España los poetas se separan. El poeta Antonio Machado abandona el patio familiar de su casa de Sevilla. Quédese el Guadalquivir para mecer los amores inquietos y espumosos de los seductores y enjoyados Don Juanes de flaca memoria y enjutos muslos amarillos como fueran los imperiales de Carlos V. En la esquina de una calle Cain y Abel desenvainan sus espadas. Rivales en ángulo recto Don Juan y Don Luis se disponen a devanar en ovillo la enredada madeja de sus devaneos.

El poeta - "ya conoceis mi torpe aliño indumentario" - no posee otra joya de seducción, y esta no la apuesta ni la exhibe por corrillos ni encrucijadas, que la que guarda en su pecho. Su pecho se ensancha en Castilla. Su sangre va a latir al compás ríco y solémne, incorruptible, de la corriente de un gran río castellano: el Duero. "El campo parece - y el poeta también - , más que joven, adolescente".

-- ¡Antonio; ¡Antonio; ¿Donde está Antonio?

-- Antonio está en Soria, madre. No sé como puede resistir el frío.

- II -

"Castilla no es aquella tan generosa un día, cuando Myo Cid Rodrigo el de Vivar volvía, ufano de su nueva fortuna y su opulencia, a regalar a Alfonso los huertos de Valencia".

¿Qué pasa en Castilla? ¿Donde está España?. El poeta se duele y no de la crudeza del clima sino de las mudanzas del tiempo.

Su corazón se ha templado al frío hospitalario de la verdad. El poeta - ya no hay más que un poeta: Antonio - abre sus ojos atónitos ante la traición consumada. Cain ha mirado aviesamente a su hermano, a su compatriota; se precipita sobre él.

¡El Cid! ¡Myo Cid Abel Rodrigo de Vivar!... Un Cid apócrifo oriundo del Ferrol emprende porque sí una reconquista de signo contrario. España entera es una inmensa mancha carmín.

-- "¿Recuerdas hermano? Fue una clara tarde del lento verano".

Copiamos aquí la frase textual y atinada que un desatinado y profético betunero susurró en los oídos del poeta pocos días antes de convertirse España en ascua.

-- En España, Don Antonio, se van a armar las Catacumbas.

Y las Catacumbas se armaron. Y al convertirse en hoguera el suelo y el cielo de España huyeron con pie ligero, abandonando el bello país de sus lectores, quienes pertenecían a la rama de Caines en la generación del 98.

-- Adios, Don Antonio.

-- Adios, Myo Cid Rodrigo de Vivar.

-- Adios, España.

Cada día faltan más a la clase. Lo que no obsta para que Juan de Mairena prosiga la lección: "Para los tiempos que vienen hay que estar seguros de algo. Porque han de ser tiempos de lucha, y habreis de tomar partido. ¡Ah! ¿Sabeis vosotros lo que esto significa? Por de pronto, renunciar a las razones que pudieran tener vuestros adversarios, lo que os obliga a estar doblemente seguros de las vuestras. Y eso es mucho más difícil de lo que parece..."

Tose el maestro. Parece algo perplejo del reducido número de alumnos que asiste a su clase. Se advierte sobre manera la ausencia de

los alumnos de perfil aristocrático. ¿Acaso todos han tomado ya partido?

Don Abel prosigue: "Tomar partido es no solo renunciar a las razones de vuestros adversarios, sino también a las vuestras; abolir el diálogo, renunciar, en suma, a la razón humana. Si lo mirais despacio comprendereis el arduo problema de vuestro porvenir: habreis de retroceder a la barbarie, cargados de razón".

El maestro mira atentamente -con minuciosidad y cortesía- a sus alumnos; quisiera descifrar cuantas intenciones se anudan y entrelazan en lo más recóndito de cada cual. Después el maestro, la mirada como perdida y errante, parece que quisiera echar la vista encima de los que se fueron, de los alumnos ausentes -ausentes de España y de sí mismos, fuera de sí cuando no uncidos en ajeno yugo- que renunciaron a todo dispuestos, o predispuestos, a retroceder a la barbarie, oprimidos por el peso de una certeza cazarra y más o menos imperial, que pesa sobre sus hombros como un remordimiento.

Como hombre cabal el poeta -el profeta- está al lado de quienes no se avienen a renunciar a la humana razón; quiere decirse que no parece dispuesto a renunciar a ninguna de las innúmeras razones que como privilegio excepcional le fueron concedidas por el hecho de ser tal hombre. Ni renuncia al diálogo -que diálogo y de los más sabrosos es la vida- ,ni prescinde en modo alguno del ejercicio de un don excelso: la duda.

Don Antonio Machado, sépase bien, duda y por eso, precisamente por eso, sabe paradójicamente a que atenerse y permanece en España. No alardea de nada, ni de ser amo o feliz poseedor de secreto alguno o suprema razón, dueño tan solo de sí, de su sencillez, de su hombría de bien. Impasible en apariencia, imperturbable y lógico como el tiempo, pero como el tiempo rectilíneo en su marcha, el poeta contempla los acontecimientos. No encogiéndose de hombros -¡quíá!- sino compungiéndose de hombros adentro. He aquí que el pueblo, su pueblo, se ha erguido contra un puñado de traidores que, prendiendo

sus sentidos a cinco frívolas flechas de veleta, huyen hacia la barbarie con el fardo de su razón -que es sinrazón- auestas.

Virtud ejemplar la de este pueblo que se niega obstinadamente a dejar de serlo, que se niega incluso -excepcional virtud- a constituir otro filo parejo al de su enemigo, a buscar otra razón contundente y única que excluya el libre discurrir, el plácido discurso, la conversación. ¡Desdichado del pueblo que acepta el monólogo de una tiranía para salvarse;

No, el pueblo español ha combatido sin dejar de ser humano, ha cumplido con su deber sin prescindir de uno solo de sus atributos. Si el origen de su derrota reside tal vez en ello -en admitirla- lo cierto es que ahí -en el manantial fresco de su antifanatismo- nace el abundoso caudal de su gloria.

Victoria o derrota no son nombres esenciales sino anécdota y anécdota insubstancial. La guerra, su principio y su fin, sigue siendo <sup>ajena culpa</sup> ~~cosa suya~~, patrimonio de los bárbaros, herencia trágica cuyas consecuencias toca a ellos, a quienes la trajeron a España, liquidar. Para los demás, para quienes hemos resultado sus víctimas, la guerra no será nunca el suceso primordial de nuestras vidas.

¿Puede admitirse, entonces, que lo acontecido en España suponga el triunfo de la fe contra la razón, de la razón única contra las mil razones dispersas? No, desde el momento en que los hoy victoriosos no parecen haber obtenido victoria espiritual alguna. Antes bien, tienen el aire de haberse dado de bruces con el duro suelo de España, con la superficie llana y ejemplar de la conducta española. De haberse roto la crisma contra la realidad.

Sencillo y humano, cordial y socarrón allá está el poeta en la Valencia del Cid, sonriente, en ameno diálogo con sus alumnos, con su pueblo; sin abandonar la España liberal - una, grande y libre; esta si - en la que puede expresar sus dudas, sus congojas, sus temores. El poeta es como el tiempo, ya lo

hemos dicho. Y como el tiempo es si y no, tic y tac: "Pero no me tomeis demasiado en serio. Pensad que no siempre estoy yo seguro de lo que os digo, y que, aunque pretenda educaros, no creo que mi educación esté mucho más avanzada que la vuestra. No es fácil que pueda yo enseñaros a hablar, ni a escribir, ni a pensar correctamente, porque yo soy la incorrección misma, un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y de arrepentimientos. Llevo conmigo un diablo -no el demonio de Sócrates-, sino un diablejo que me tacha a veces lo que escribo, para escribir encima lo contrario de lo tachado; que a veces habla por mí y otras yo por él, cuando no hablamos los dos a la par, para decir en coro cosas distintas. ¡Un verdadero lío! Para los tiempos que vienen, no soy yo el maestro que debéis elegir, porque de mí solo aprenderéis lo que tal vez os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos".

-- Hasta la vista, Don Antonio.

-- Hasta la vista, Myo Cid Rodrigo de Vivar.

-- Hasta la vista, España.

Son muchos los que se marchan. Despidiéndose de España, de Don Antonio. O sin despedirse. ¿Qué importa? Hay caras nuevas en la clase. Entre todos aquellos rostros agüileños y finos de mirar inquieto, noble y generoso se destaca uno, el de un recién llegado, el de alguien en fin que se pellizca desconfiando hasta de sí mismo, de su propia resurrección.

El Cid, con su mandíbula temblona como le cuadra a quien tan de improviso ha regresado del más allá y a quien la sangre justiciera aun le escandaliza las venas, ha resucitado al sol de la vega valenciana. Tiene la faz cadavérica de los limones y la sonrisa amarga cual si mordiera la acidez de un gajo. El Cid no huye. Temblón y colérico -trémulo de iracundia que no de miedo- Myo Cid aguarda. Sus venas azules se tornan violáceas, cobrizas, sonrosadas. Una nueva vida se infunde en él.

Abel Martín, dígame Juan de Mairena, dígame Antonio Machado habita uno de

aquellos huertos levantinos que la mano dadivosa del guerrero regalara a Alfonso.

Saliendo de Valencia por la carretera en que está el Molino de la Esperanza, cruzando ante la Posada Nueva de la Rosa y tomando luego por la calle del Paraiso -nombres sedantes en el trajín del bélico camino emprendido- puede llegarse al huerto que habita en Rocafort el poeta Antonio Machado.

Toda una red de leyendas domina la serranía próxima. Cuéntase la del Señor de Serra, la del caballo de la cueva de Olocau y la de las Esmeraldas. Serra es el pueblo de las cerezas. Desde Náquera dicen que se vé el mar a lo lejos y es lo cierto que Náquera es nombre de pueblo en el fondo del mar. Desde Porta-Coeli se presiente el cielo.

Hasta aquí la leyenda. La realidad no carece de poesía. El botánico Cabanilles encontró, recorriendo estos vericuetos que se llaman la peña de las Flores, el paseo de las Damas o la vereda de la Temeridad, la rarísima especie Trinia Durfori.

Rocafort y sus contornos son pura poesía popular. La Revolución ha entrado allí en el país de las hadas.

-- Este arbol es el lidonero o alméz. Sirve para hacer astiles y timones de horcates.

-- Don Antonio, dicen que entrando en la cueva del Macho se oyen campaniles. Mis tres hermanos estuvieron allí. Luego los llevaron a luchar a la guerra de Cuba. Pero se siguen oyendo campaniles.

En la puesta de sol roja y azul se recortan los troncos secos de sistema nervioso negro y destrozado. Un soldado de artillería insiste deliciosamente en teclear escalas en un armónium olvidado mientras una legión de Fray Angélicos va recortando minuciosamente los esmaltes del horizonte. Y en la paz de la tarde los hombres se afirman en su idea:

-- Tenemos razón. Las hadas lo saben y están con nosotros.

Y las hadas, o ellos, han escrito sobre la tierra con hojas de laurel nombres de victoria y de leyenda.

- III -

"A la vera de la fuente  
quedó Alvargonzalez muerto.  
Tiene cuatro puñaladas  
entre el costado y el pecho,  
por donde la sangre brota,  
más un hachazo en el cuello".

Tal que Alvargonzalez muerto, España agoniza. Agoniza pero no muere. Pierde el pulso y el sentido. Se ausenta. ¡Esas cuatro puñaladas; ¡Ese hachazo; Todo han sido reveses para el pueblo español en sus tres años de lucha contra un destino peor que adverso: injusto.

tra un destino peor que adverso: injusto.

Don António Machado recorre ahora el industrioso paisaje catalán. No en jubiloso corro de chiquillos ceceantes como lo hiciera de niño por las vegas de la baja Andalucía. No en grupo amigable como por las calles matritenses ni en solitaria hombria tal que a la orilla del Duero. Ni siquiera -otra vez rodeado de chiquillos- entre los gorgoritos estridentes de sus nietos que allá en la Valencia del Cid corrían a avisarle cada vez que manchaba el cielo un avión enemigo. Sino en éxodo trágico.

El mito de Cain y Abel se cumple en proporciones gigantescas sobre la dura tierra de España. Don António no ha muerto. Aun yergue su figura, de corte andaluz y castellano empaque, por las carreteras del pánico. Un pueblo entero huye de la maldición bíblica hecha carne y sangre. Cada familia de las que huyen tiene su Alvargonzalez muerto. ¡Esas cuatro puñaladas! ¡Aquel hachazo en el cuello!...

-- ¡António! ¡Antoñito! ¡Antoñiyo!...

Abel Martín no va solo. Su madre le llama, le anima. Su hermano...

-- ¿Recuerdas? -dice en un murmullo Don António Abel- "Tu venias solo con tu pena, hermano".

Así es. Los triunfadores avanzan con su pena a cuestas. Avanzan fugitivos de sí mismos. Ellos son los que huyen mientras, camino adelante, ~~va~~ una muchedumbre ascética. Ellos los que, temblando de miedo, se apoderan de una España que no les pertenece.

"¡Fue una clara tarde!"

El cartel de la escuela vuelve a bambolearse, cae al suelo. Alguien lo ha tirado. Despiadadamente. Con furia iracunda y amarilla de vencedor. ¡Los muslos, los muslos entecos de Carlos V! El nuevo Imperio se funda a la sombra de tan cloróticas jambas.

La muchedumbre arrastra en su ola cordial al poeta. Es parte de su ajuar. De su ajuar humilde y emotivo.

Anverso y reverso. En un cartel se representa a Cain fugitivo y Cain ha triunfado. Nada importa que haya sido a costa de salir de estampa -renegado y culpable- hacia las praderas tintas en carmín de las víctimas cainitas.

México 31 enero 40.

.....  
----- *Daniel Tapia Bolívar*

Firmado: Daniel Tapia Bolívar.